

CAPITULO III.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE LIBERIO (22 de mayo de 352-24 de setiembre de 366).

1. Eleccion del papa Liberio. — 2. Nuevas acusaciones de los Arrianos contra san Atanasio. Caída de Vicente de Capua. — 3. El papa Liberio reprueba la conducta de Vicente de Capua, su legado. — 4. Concilio de Milan (355). — 5. Destierro de san Atanasio por Constancio (355). — 6. Carta del papa Liberio á los obispos desterrados. — 7. Destierro del papa Liberio á Berea, en la Tracia. — 8. Caída de Osio de Córdoba. Segundo concilio arriano de Sirmio. — 9. Estado de la cuestion acerca de la caída controvertida del papa Liberio. — 10. Semi-Arrianos. Anomeos. Aecianos. Eunomianos. Eunomio-Eupsiquianos. — 11. Concilios arrianos de Cesarea, Antioquia, Ancira y tercero de Sirmio. — 12. Concilio de Rimini (359). — 13. Concilio de Seleucia (359). — 14. Concilio de Constantinopla (360). Primer concilio de Paris. — 15. Concilio de Antioquia (361). — 16. Muerte del emperador Constancio. — 17. Primeros estudios y amistad de san Gregorio Nacianceno y san Basilio de Cesarea. — 18. San Cirilo de Jerusalem. Sus *Catequesis*. — 19. San Narsez, patriarca de Armenia. — 20. Doctores del Occidente: San Hilario de Poitiers, san Martin de Tours, san Eusebio de Verceil, san Paulino de Tréveris, Lucifero de Cagliari. Nacimiento de los santos Ambrosio, Jerónimo y Agustín. — 21. Juliano Apóstata, emperador. — 22. Carácter y causas de la persecucion de Juliano Apóstata. — 23. Edicto que vuelve á llamar á los desterrados, y que por otra parte despoja al clero de sus inmunidades, y á las iglesias de sus bienes. — 24. Regreso de san Atanasio á Alejandría en 362. — 25. Concilio de Alejandría. — 26. Edicto de Juliano Apóstata prohibiendo á los cristianos el estudio de las humanidades ó bellas letras. — 27. Juliano trata de reedificar el templo de Jerusalem. Muerte de Juliano. — 28. Macedonio. Su herejía. — 29. Muerte del papa Liberio.

PONTIFICADO DE LIBERIO (22 de mayo de 352-24 de setiembre de 366).

1. El 8 de mayo de 352, Liberio, diácono romano, ordenado por san Silvestre, fué elevado al soberano pontificado. Era sumamente virtuoso y humilde, y exacto en el ejercicio de las funciones de su estado: resistió largo tiempo antes de aceptar esta dignidad: se diría que tenia un presentimiento de las borrascas que se habian de levantar contra la barca de Pedro; aceptó por fin, sometiéndose á la voluntad de la Providencia. Era ya entonces considerada la Silla Romana por el mundo todo, hasta por los paganos mismos, como una autori-

dad elevadísima y universal. « Cuando yo considero, dice » Amiano Marcelino hablando del supremo pontificado, el esplendor de la Silla de Roma, me hago cargo de todos los » amaños é intrigas que deberia de haber para entronizarse en » ella. Los obispos de esta ciudad reciben los mas considerables presentes de las matronas romanas; se les ve parecer » en público en carruajes espléndidos, vestidos de suntuosos » ornamentos, y su mesa excede en magnificencia á la de los » mismos reyes » (Ammian. Marcel., lib. 27, n.º 3). Quitando lo que debe de tener de exagerado el testimonio de un gentil hostil á nuestra religion, prueba sin embargo el cuidado que ya se tenia en el cuarto siglo de rodear á los soberanos Pontífices de toda la honra posible; y esto mismo realza el mérito del humilde diácono que tanto se resistia á revestirse de tal dignidad. El nombre de Liberio, objeto de controversia entre los hombres, tiene al menos esta gloria incontestable delante de Dios.

2. Los obispos arrianos, despues del destierro y martirio del patriarca san Paulo de Constantinopla, no cesaban de rodear á Constancio para empujarle mas y mas en la via de las persecuciones contra la fe católica: san Atanasio era siempre objeto principal de su odio. Ursacio y Valente comenzaron por retractar públicamente el acto de sumision al concilio Sardicense, que habia sido escrito y firmado de su puño y letra, y entregado con sus propias manos al papa san Julio I. Volvieron á entablar su sistema de recriminaciones y calumnias contra el patriarca san Atanasio. Le atribuyeron, como á delito, el haber logrado la amistad y benevolencia del emperador Constante. Le acusaban de haber abrazado el partido de Magnencio, porque, durante el efímero reinado del emperador, habia ofrecido asilo en su palacio de Alejandría al santo obispo de Tréveris, Maximino, de quien durante su destierro habia recibido la mas generosa hospitalidad. Finalmente, acabaron de desacreditarlo y perderlo en el ánimo de Constancio, acriminándole una accion muy sencilla, muy indiferente, la de haberse construido en Alejandría una iglesia á expensas del

tesoro público, é inaugurado por el arzobispo sin participacion del emperador. No era menester mas para hacerle olvidar á Constancio ya las cartas que habia escrito, él mismo, en otro tiempo al patriarca, ya las promesas solemnes de no dar oidos jamás á sus calumniadores. Se dirigió al papa Liberio para solicitar la condenacion de Atanasio (352). Liberio juntó un concilio en Roma para someterle las cartas del emperador y las de los obispos del Egipto que, unánimes, protestaban contra las calumnias arrianas y afirmaban y atestiguaban la inocencia de su metropolitano. La decision fué: que seria contrario á todas las leyes divinas y humanas anatematizar á un obispo cuya fe era la de la Iglesia, y cuyas virtudes llenaban de admiracion al mundo entero. La respuesta de Liberio fué expresion de este mismo sentimiento: mas irritó tanto á Constancio, que inmediatamente publicó un edicto para decretar pena de destierro contra cuantos no suscribieran á la condenacion de Atanasio. Esperando mitigar el ánimo del emperador, Liberio le envió á Vicente de Capua, que con Osio de Córdoba habia presidido al concilio de Nicea como legado del papa san Silvestre. Este prelado tenia mision de empeñar al emperador á que aprobase la reunion de un concilio general en Aquileya para el año siguiente, á fin de cortar y dar término á estos eternos debates con una decision irrevocable. Vicente de Capua encontró al emperador en Arles, donde los obispos arrianos, que le acompañaban en todos sus viajes, acababan de reunirse en concilio y procedian ya á la condenacion de Atanasio. El legado, circunvenido, obcecado y seducido por intrigas de cortesanos, vacilante é indeciso por las amenazas y seducciones, se olvidó del carácter de que se hallaba revestido, y consintió por fin en suscribir al anatema formulado contra san Anatasio. Por el contrario, san Paulino, que acababa de suceder á san Maximino en la silla de Tréveris, dió ejemplo de valerosa resistencia. Fué confinado á la Frigia, y tuvo la gloria de morir cinco años despues en este destierro, padecido por la justicia y por la verdad (353).

3. La caida de Vicente de Capua llenó de amargura el

corazon del papa Liberio. Escribió inmediatamente á Osio. « Esperaba yo mucho de su intervencion, dice: era conocido » personalmente del emperador, á quien ya habia remitido anteriormente las actas del concilio Sardicense. Sin embargo » no solamente no ha alcanzado nada, sino que se ha dejado » arrastrar á una fragilidad deplorable. Estoy doblemente » afligido, y pido á Dios morir antes que prestarme jamás al » triunfo de la injusticia. » Lo mismo decia este papa en otra carta á Fortunaciano, obispo de Aquileya, cuya virtud apreciaba mucho, y esto mismo escribia tambien á Eusebio, de Vercelli. Este último acababa de ser elevado á la silla episcopal de esta ciudad, y ya presentaba el espectáculo de la mas eminente virtud. Fué el primero que en el Occidente juntó la vida monástica con la clerical. Seguia él mismo con sus clérigos los ejercicios de los monjes en el desierto, partiendo el tiempo entre la oracion, las prácticas de la penitencia, la lectura de libros santos y el trabajo de manos. Su comunidad, regularmente instituida, tomaba tambien el nombre de monasterio, y vino á ser una escuela de donde mas tarde salieron ilustres obispos. San Eusebio de Vercelli sacaba de la austeridad de esta vida la fuerza de que tuvo necesidad mas tarde para sobrellevar las persecuciones de los Arrianos. Liberio, no contento con tomar consejos de tan santos personajes, envió á Lucifero, obispo de Cagliari, metropolitano de la Cerdeña, al presbítero Pancracio y al diácono Hilario, encargados de entregar al emperador en persona una carta respetuosa pero firme, en la cual desaprobaba la conducta de Vicente de Capua, é insistia de nuevo sobre la necesidad de reunir un concilio general, para examinar atentamente las cuestiones en litigio, « y conservar, dice á Constancio, en toda su integridad » la fe que la Iglesia católica ha proclamado unánimemente en » presencia de Constantino el Magno, vuestro padre, de santa » y gloriosa memoria » (354). Consintió muy gustoso el emperador en la convocacion de un concilio, é indicó Milan como lugar para su celebracion. Nunca se vió príncipe alguno mas á su sabor en medio de aquellos debates teológicos, que

amaba con gran pasión, y entre obispos á quienes se lisonjeaba saber reducir á su opinion, ya por amaños, ya por seducciones, ya por la violencia. Los obispos arrianos, que le llamaban *Vuestra Eternidad*, cuyo título negaban al propio Hijo de Dios, tenían gran cuidado de alimentar y aun fomentar esta manía de su señor y amo por frecuentes conciliábulos, donde se recibían sus pareceres como oráculos: y tantos prelados, que se decían cristianos, no se avergonzaban de seguir en materias de fe las lecciones de un teólogo coronado, que no solo aun no habia recibido el bautismo, sino que ni aun era catecúmeno.

4. Se reunió pues el concilio de Milan hácia principios del año 355: se hallaron mas de trescientos obispos de Occidente. Los orientales asistieron en número mucho mas inferior. Tres legados le presidieron en nombre del papa Liberio, y eran los mismos á quienes en el año anterior habia diputado cerca de Constancio, á saber: Lucífero de Cagliari, el presbítero Pancracio y el diácono Hilario. Desde la apertura de las sesiones, Eusebio de Vercelli propuso hacer suscribir á todos los Padres el símbolo de Nicea, para proceder luego, en la unidad de la fe, al exámen de las demás cuestiones. Dionisio, obispo de Milan, creyó de su deber ir á firmar el primero; pero Valente de Mursa le arrancó de las manos papel y pluma, y exclamó que nada se haria por esta via. Siguióse á este acto de violencia una escena tumultuosa: el pueblo agolpado al rededor de la iglesia principió á alborotarse gritando: « La fe está » vendida por los obispos. » Se temió una sedicion y Constancio ordenó á los Padres se trasladase el concilio á un salon del palacio. Desde este dia el concilio perdió su libertad. El emperador mandó entregarle un escrito de su mano, en que sostenia la doctrina de Arrio y la hacia obligatoria á todas las iglesias del imperio. Lucífero de Cagliari, legado del papa, respondió con noble entereza: « Aun cuando armase Constancio contra nosotros á todos sus soldados, no nos obligará » jamás á renegar de la fe de Nicea, ni nos forzará nunca á » firmar las blasfemias de Arrio. » Tampoco lograron las ame-

nazas la condenacion de san Atanasio. El emperador, sonrojado por esta resistencia inesperada, hizo ir á su presencia á Lucífero de Cagliari, á Eusebio de Vercelli y á Dionisio de Milan, tres prelados cuya influencia era la mas generalmente conocida. « Yo soy, dijo el emperador, quien personalmente » acuso á Atanasio. Creed pues á la verdad de mis aserciones. » — No se trata aquí, respondieron los obispos, de un negocio temporal, en que pudiera ser decisiva la autoridad del » emperador; sino de un juicio eclesiástico, en el cual ha de » procederse con igual imparcialidad entre el acusador y el » acusado. Atanasio está ausente; no puede ser condenado sin » ser oido: se opone á ello la regla de la Iglesia. — Pero lo » que yo quiero, dijo Constancio, ha de servir de regla. Los » obispos de la Siria lo reconocen así; obedeced pues, ó seréis » desterrados. » Los prelados se inclinaron, y se salieron. Se dice que Constancio llegó hasta desenvainar la espada contra ellos. En el siguiente dia fueron conducidos al destierro por tribunos militares, al través de la muchedumbre, que lloraba viéndose separada de sus amados pastores. El diácono Hilario, cuya firmeza habia desagradado mas, fué azotado públicamente antes de salir para su destierro. El resto de los obispos, hasta el mismo Fortunaciano de Aquileya, tuvieron la debilidad de firmar la condenacion de Atanasio.

5. Atanasio habia estado esperando en Alejandría, con la serenidad de una conciencia pura, que viniese á descargar sobre él esta borrasca. Desde el año 353, los Arrianos habian suplantado en su nombre una carta al emperador Constancio, en la que se fingia que el patriarca le pedia el permiso de venir á la corte. Constancio le envió inmediatamente un oficial de sus guardias con una respuesta que le otorgaba el permiso con todas las facilidades para el viaje. San Atanasio, que adivinó el enredo, pues que nada habia solicitado, se quedó en medio de su amado rebaño. Los acontecimientos se fueron precipitando despues, y cada dia aumentaba el peligro. Los fieles de Alejandría estaban alerta velando sobre su venerado pastor. Apenas se hubo acabado el trágico fin del concilio de Milan, llegó

á Siriano, comandante de las tropas de Alejandría, órden para prender á san Atanasio y enviarlo á destierro. Siriano se vió harto embarazado para llevar á cabo semejante comision, en una ciudad populosa toda entera afectísima á su arzobispo, y juró á aquellos á quienes habia mostrado el rescrito imperial, no ejecutarlo hasta la vuelta de una deputation que envió á Constancio suplicándole anulara su primera determinacion. Esta promesa solemne, seguida de unos veinte dias de la mayor calma, adormeció los cuidados é hizo cesar toda sospecha. Pero el 7 de febrero de 356, hácia media noche, la iglesia de San Theonas, en la cual se habian reunido con Atanasio todos los fieles para las vigiliass de una fiesta solemne (probablemente la de la inauguracion de la cuaresma), se vió repentinamente cercada por una division de cinco mil soldados paganos al mando de dicho Siriano. Se rompen las puertas, penetran en la basílica los soldados armados, resuenan las trompetas é interrumpen el canto piadoso de los salmos. Vuelan disparadas las flechas por la inmensa asamblea, haciendo víctimas al azar; desenváinanse las espadas y arrojáanse las lanzas contra una muchedumbre sin defensa, atravesando mujeres, ancianos, sacerdotes, vírgenes consagradas á Dios. Huye el pueblo tumultuosamente por todas las salidas; los soldados van persiguiendo y matando sin cesar. Solo Atanasio quedó inmóvil en el sitio que ocupaba. Los clérigos le suplican que mire por su vida. « El puesto del pastor está en medio » de su rebaño, » responde este grande hombre. Finalmente, sus clérigos y sacerdotes se lo llevan por fuerza, y quieren abrirse camino al través de la fugitiva muchedumbre y de los soldados: mas Atanasio, empujado y apretado por todos lados, sofocado entre aquella muchedumbre, cae desmayado, y se lo llevan como muerto. Por una especie de milagro, se salva de todas las pesquisas de sus perseguidores, y pocos dias despues se hallaba en el desierto entre sus amados religiosos, que le recibieron como á un ángel del cielo. Ya no encontró allí á san Antonio, que acababa de morir (el 17 de enero 356), y á la edad de ciento y cinco años fué á recibir la corona reservada

á sus virtudes. Segun sus órdenes, dos discípulos suyos le habian enterrado en un lugar, solo conocido de ellos: habia legado, antes de morir, su túnica de piel de oveja á san Atanasio, y el ilustre patriarca recibió en el destierro este presente del padre del desierto. La persecucion continuó en Alejandría despues de la salida de Atanasio. Los paganos quemaron á las puertas de las iglesias los vasos sagrados y los Libros santos. Las mujeres y vírgenes sagradas fueron indignamente ultrajadas, y los Arrianos pusieron colmo á estos excesos enviando por obispo intruso á Jorge de Capadocia, hombre grosero, sin la menor instruccion y deshonorado por una mala bancarota. Fué puesto á mano armada en posesion de la silla durante la cuaresma de 356. La Iglesia honra como mártires á los fieles que murieron en esta circunstancia. La persecucion se extendió á los obispos del Egipto, quienes, en gran mayoría, quedaron fieles á Atanasio. Diez y seis de ellos fueron condenados al destierro, y otros treinta arrojados de sus sillas que se dieron á intrusos. Un edicto del emperador, publicado á solicitud de Macedonio, obispo arriano de Constantinopla, declaró reos de lesa majestad á todos los defensores del término *consustancial*; se les habia de arrojar de las ciudades, y arrasar sus iglesias. Este decreto se ejecutó con el mayor rigor; y las vejaciones crueles á que dió lugar su ejecucion valieron á muchos católicos la gloria del martirio.

6. El papa Liberio escribió á los obispos desterrados una encíclica llena de los mas celosos y tiernos sentimientos. « ¿Qué » alabanzas podré daros yo, les dice, hallándome combatido á » la vez por el dolor de vuestra ausencia y el júbilo de vuestra » gloria? El mejor consuelo que pudiera ofreceros es que os » digneis considerarme desterrado con vosotros. Hubiera de » seado, carísimos hermanos, ser el primero inmolado por » todos vosotros, y daros ejemplo de la gloria que os ha » beis granjeado; mas esta prerogativa es la recompensa de » vuestros méritos. Suplico pues á vuestra caridad me creais » presente á vosotros, y penseis que mi mayor dolor es el » verme privado de vuestra compañía. Pues que la tribulacion

» os aproxima al Señor, ofrecedle por mí vuestras oraciones,
 » para que podamos sobrellevar con paciencia las violencias
 » á que estamos expuestos cada dia. Rogad á la divina mi-
 » sericordia que la fe quede incontrastable é inviolable ; que
 » la Iglesia católica no sea dividida. Participadme los porme-
 » nores de los combates que habeis sostenido por la fe , para
 » que vuestras exhortaciones puedan fortalecer mi ánimo aba-
 » tido por tantas enfermedades , y aun mi mismo cuerpo , ex-
 » tenuado por tantos trabajos. »

7. Las amenazas de que se queja el papa en esta carta no tardaron en mudarse en abierta persecucion. El eunuco arriano, Eusebio , cuyas intrigas , todopoderosas sobre el espíritu de Constancio , débil é inconstante , habian puesto á la Iglesia en tan triste estado , fué enviado por el emperador á Roma , para seducir á Liberio y obligarle á suscribir á la condenacion de Atanasio. Ni los presentes , ni las amenazas dejaron airoso al eunuco , el cual obtuvo un rescrito imperial dirigido á Leoncio , gobernador de Roma , ordenando trasladar el papa Liberio á Milan , donde á la sazón tenia Constancio su corte. La entrevista del papa con el emperador fué lo que debia de ser , llena de cólera , acriminaciones y violencias de parte del emperador ; llena de dignidad , mansedumbre , reserva y firmeza de parte de Liberio. Al tercer dia el papa fué conducido desterrado á Berea en la Tracia. El emperador hizo ofrecer quinientos sueldos de oro (cerca de cuarenta mil reales de vellon) para sus gastos. Liberio se los devolvió con estas palabras : « Decid al emperador que guarde ese dinero para » manutencion de sus tropas. » La misma respuesta dió al ofrecimiento igual que le hizo la emperatriz. El eunuco Eusebio habiendo osado tambien hacerle semejante oferta , el papa , indignado , le respondió : « Tú has robado y dejado de- » siertas todas las iglesias del mundo , y me ofreces limosna » como á un reo ! Véte en paz , y sobre todo piensa en hacerte » cristiano. » Apenas salió de Italia el papa Liberio , hizo consagrar el emperador á un antipapa en Roma por la faccion arriana. El obispo de Centumcelas fué en esta ocasion el ór-

gano de las voluntades imperiales. Hizo que fuese elegido Félix , arcediano de la Iglesia romana : tres eunucos representaron al pueblo ; y tres obispos , entre los cuales Acacio de Cesarea , le consagraron en el palacio del emperador. El pueblo romano no tomó parte alguna en esta ordenacion irregular ; no quiso jamás entrar en comunion con él , y conservó constantemente amor y fidelidad á Liberio. Sin embargo la antigüedad está conteste en hacer justicia á Félix por su constante profesion de la fe de Nicea , y á su conducta ejemplar é irreprochable , excepto sus relaciones con el partido de los Arrianos.

8. La causa católica , perseguida con tanta violencia , estaba felizmente defendida con la mayor energía por los prelados desterrados. De todos los puntos del universo á donde los habia confinado la ciega obstinacion de Constancio , levantaban su voz para proclamar el dogma de la verdadera fe. Eusebio de Vercelli , Hilario de Poitiers , cuyo nombre é historia volveremos á tratar , y san Atanasio , multiplicaban sus esfuerzos y celo. El patriarca de Alejandria , desde el fondo de su soledad , dirigia á los fieles de su iglesia , á los obispos del Egipto y á los del mundo entero , cartas y tratados completos , donde exponia el conjunto de la doctrina católica , oponiéndola á los errores del arrianismo. Osio de Córdoba , llegado á la edad de mas de cien años , secundó por su parte aun en este tiempo y á pesar de su avanzada edad los trabajos de estos elocuentes apologistas. Dirigió al emperador Constancio una carta admirable , en la cual hacia ver el encadenamiento de todas las intrigas arrianas desde un principio hasta aquella época , y suplicaba al príncipe hiciera cesar la persecucion contra los católicos. Esta valerosa protesta de Osio fué seguida de una ordenada por Constancio , de llevar al obispo de Córdoba á Sirmio , donde los prelados arrianos se habian reunido segunda vez para redactar su séptima profesion de fe. No solo desecharon en ella el término *consustancial* , sino aun el de *semejante en sustancia* , para sustituirles expresiones que suponian que el Hijo es de distinta naturaleza del Padre. Potamio , obispo de Lisboa ,